



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 4.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	4 peso.	1 1/2 pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Febrero de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA CAZA FANTÁSTICA.

De tres maneras se pueden saborear los placeres de la caza: en el campo, en el plato y en el libro. Yo no los he gustado en el campo, porque nunca he sido cazador: en la mesa me distraigo, y apenas pienso en lo que me

presentan; pero en el libro, ó por mejor decir, en los libros, confieso que soy y he sido uno de los cazadores que han andado más camino con su imaginacion, y han dado más vigoroso impulso á su fantasía.

Bajo este punto de vista mi vocacion de cazador fantástico se pierde en la noche de los tiempos, y es prehis-

tórica: empieza en la mitología y en las divinidades del olimpo, convertidas en animales, por un capricho de su omnipotencia. Desde Júpiter, disfrazado de toro para enamorar á Europa, y luego de cisne para seducir á Leda; desde Hércules, cuyos trabajos, entre otros, fueron dar muerte á un leon, á un jabalí, á una hidra y á un toro,



PESCA DE LA TRUCHUELA.

y cazar viva á la cierva de Diana, trabajos casi todos que pueden figurar en una ILUSTRACION VENATORIA, es preciso convenir en que los portentos y las maravillas de la caza arrancan de los tiempos fabulosos, mucho ántes de que Esopo y Fedro hicieran hablar á los animales para dar lecciones de moral á los hombres, y para enseñar la punta del estilete á los vicios de la humanidad.

Sepamos con qué derecho se puede negar á Hércules el primer puesto entre los cazadores del mundo; á Hércules, que se coloca frente á frente del león de Nemea, y no pudiendo aplastarlo con su clava ni traspasarlo con sus flechas, lucha con él á brazo partido, y acaba por ahogarlo. Esto parecerá á muchos imposible, y más cuando les digan que el león cayó de la luna, y que en la actualidad es una de las constelaciones celestes; pero es el caso que, según cuenta la historia, algún tiempo después, en la misma Grecia, habiendo condenado Alejandro el Grande á Lisimaco, general macedonio, á ser devorado en el circo por las fieras, el sentenciado le presentó á un león furioso el brazo derecho, envuelto en su túnica, y cogiéndolo vigorosamente por la lengua, lo arrojó moribundo á sus pies. No hay que decir, que en vista de esta proeza, Alejandro perdonó á Lisimaco, que se portó como un valiente y merece también el título de gran cazador.

Otro de los trabajos de Hércules fué el de coger vivo al jabalí de Erimanto, que es un monte del Peloponeso, situado en la pastoril Arcadia. No se sabe que el semidiós tuviese á su disposición perros de caza que le ayudasen en la batida, ni si el jabalí estaba en el tiempo del celo, cuando todos los de su especie dedican justos treinta días al amor conyugal. El hecho es que, amarrando por sus cuatro remos al jabalí, lo cargó sobre sus espaldas, como la nodriza lleva el cuévano, y se presentó victorioso ante el cobarde Euristeo.

Pero ya que hablo de la caza del jabalí en el terreno de la fábula, cuyos linderos tocan y casi se confunden con los de la poesía, séame lícito recordar un pasaje de la Odisea y cederle la palabra al mismísimo Homero. Aquí el cazador es Ulises, que en sus mocedades, ántes de la guerra de Troya, se entretenía de esta suerte en el monte Parnaso, adonde más tarde hizo un viaje Cérvantes.

El poeta griego dice: «Apénas se levanta la aurora, coronada de rosas, el hijo de Autólico y una jauría numerosa parten para una gran cacería; el noble Ulises los acompaña: suben al alto Parnaso, cubierto de espesos bosques, y bien pronto llegan á los caminos cóncavos, cortados en la cima, donde silban los vientos. Cuando el sol, saliendo del profundo seno del apacible mar, derramaba vivamente sus nuevos rayos sobre los campos, llegaron los cazadores á un valle en que los perros se sintieron atraídos por las huellas de un animal feroz: el hijo de Autólico los seguía de cerca, y Ulises, lleno de ardor, animaba á la jauría, blandiendo un largo venablo. Estaba allí echado un enorme jabalí en la espesura de unas breñas, tan impenetrables al soplo de los húmedos vientos como á los rayos más ardientes del astro del día, y á los torrentes precipitados del cielo con la mayor impetuosidad: un gran montón de hojas cubría la tierra. La carrera de los cazadores y el tumulto de la alborotada jauría resonaron en los oídos del animal, y de repente, lanzándose fuera del antro, se presenta delante de ellos, erizando las terribles crines de su cabeza, con los ojos vomitando fuego. El joven Ulises, el primero, enristrando su lanza con poderoso brazo, se arroja sobre él, impaciente por herirle; pero el jabalí, embistiendo de costado, le alcanza debajo de la rodilla, y sin penetrarle hasta el hueso, le causa una profunda herida. Ulises entonces le asesta su lanza á un sitio mortal, la hunde con firme brazo en la espalda del jabalí, que cae en el polvo dando un espantoso bramido, y espira. El hijo de Autólico se apresura á dispensar sus cuidados á Ulises, cubriendo la herida del joven héroe con un vendaje, según las reglas del arte; detiene la sangre, que corre como un torrente de púrpura, con el secreto de ciertos cantos mágicos, y lo conduce precipitadamente al palacio de su padre.»

Hasta aquí el cantor de la Odisea y de la Iliada: y como se ve, por entonces el arte venatorio se encontraba en su infancia; y un hombre tan sabio como Ulises tuvo una *cogida*, como ahora se dice en términos tauromáquicos. También es bastante sensible que el gran poeta grie-

go no nos revelase el secreto de esos cantos mágicos que restañan la sangre de las heridas. La humanidad doliente, los hermanos de la *Cruz Roja* en general, y los cazadores en particular, le habrían agradecido mucho el descubrimiento; así como al decir que la espalda es el sitio más seguro para matar al jabalí, dijo una gran verdad.

El toro y la cierva, aunque ésta sea la misma de Diana, que tenía las astas de oro y los pies de bronce, para no lastimarse, son fáciles de cazar, y esto lo saben desde Rodrigo de Vivar hasta el último montero. Así es que Hércules salió de estos trabajos con la facilidad que Lope de Vega de los catorce versos de un soneto. Lo que ya no parece tan sencillo es cazar y vencer á una hidra, á la hidra de Lerna, que tenía siete cabezas que se reproducían á medida que el valiente cazador las cortaba con una hoz de oro, hasta que discurrió quemarlas, por consejo de Minerva, cesando los horribles estragos que causaba.

Este es un caso raro y algo disparatado, que no puede ocurrirle á ningún cazador de nuestro tiempo; pero aquella hidra era inmortal, y se trasladó al cielo, y hoy es una constelación que se cierne sobre nuestras cabezas y tal vez influye en los destinos de la mísera humanidad.

¡Oh casta Diana, diosa de los cazadores! Tú que iluminas las selvas y riges el curso de la luna; tú que con la aljaba pendiente del hombro, y llevando en la mano el arco y las flechas, probablemente los llevarás con algún objeto, haz que no se nos caigan encima los signos del Zodiaco que representan las victorias de Hércules. No te distraigas con Endimion, dejándonos, como una aventurera, en el más cruel abandono. Haz también que luchén entre sí los animales antipáticos, que el tigre clave su garra en los ojos del cocodrilo, y el cocodrilo ahogue al tigre, pues cuando se hayan perdido las dos especies, nos pasearemos más tranquilos por el hermoso río de las Amazonas.

Casta Diana, que no tuviste de Endimion más que cincuenta hijos, haz asimismo... Pero no, no hagas nada, porque para cazar al cocodrilo siempre tendremos un negro que le meta una bayoneta atravesada en la boca, de suerte que no la pueda cerrar, y para cazar al tigre no nos han de faltar una lanza, una escopeta ó un foso cubierto de yerba, donde un pedazo de carne le haga caer.

De caza sabemos mucho. Vendrá un tiempo, que quizás no está muy lejano, en que se cace en globo, alcanzando al águila en su más alto vuelo, y cayendo sobre el elefante dormido en el desierto; pero esto será ménos fantástico que las cacerías aéreas de que nos hablan ciertas leyendas, en que las almas de los héroes, acompañadas de las Walkirias, se dedican á perseguir los espíritus de los leopardos, de las hienas y de los chacales que desentierran los cadáveres para devorarlos. Aquí es preciso cerrar los ojos y soñar despiertos, como si el delirio de la caza hubiera trastornado nuestra razón.

Estos pavorosos encuentros, librados por el heroísmo y por la hermosura juntamente, contra los más abominables y espantosos instintos, necesitan como campo de batalla un cielo tempestuoso, una noche oscura, un estremecimiento de la naturaleza, semejante al estallido de cien volcanes, el infierno de Dante, poblado de bestias feroces; cuanto la imaginación del poeta es capaz de concebir en sus mayores extravíos. Aristóteles, Plinio y Buffon describieron tranquilamente las propiedades y las costumbres de los animales domésticos y salvajes; mas para describir esos combates de espíritus en el espacio se necesita sentir como Byron, ó soñar como Schiller ó como Goethe.

GABRIEL ESTRELLA.

PESCA DE LA TRUCHUELA.

(Véase la lámina de la página 25.)

Entre las variedades y especies de bacalao, una de las principales es la truchuela, ó sea en términos científicos el *bronnus vulgaris*, que los americanos llaman *torsk*, *tusk* ó *cusk*, pues con todos estos nombres es conocida.

El cuerpo de este pescado es color de pizarra claro,

aunque más oscuro en su cabeza; tiene la boca grande, las mandíbulas llenas de dientes, la superior algo más larga que la inferior, y un solo barbillón pendiente de la barba. La aleta dorsal termina en la cola, la caudal es redonda, y ambas ribeteadas de azul y blanco.

Esta última particularidad permite distinguir fácilmente la truchuela de todos los demás individuos de la familia de los bacalao. Su longitud es de unas diez y ocho pulgadas á tres pies, y es el más delicado y apetecido de toda la familia de los gados.

Es sabido que estos pescados habitan en el Norte principalmente, y depositan sus huevos en los bancos cubiertos de plantas marítimas, en tal cantidad, que, según aseguran algunos naturalistas, un solo ovario contiene más de tres millones. La verdad es que hay viajeros que cuentan haber visto no pocos bancos con una capa de huevos de bacalao de un espesor de cuatro pulgadas, de muchos metros de anchura y dos millas á lo ménos de longitud.

La aidez del bacalao es tal, que ha llegado hasta á ser proverbial; razón por la que su glotonería es causa de su desgracia. Un sabio inglés, Ad. Perley, dice, hablando de la voracidad de los gados: «Su estómago es un gran depósito en el que los naturalistas han estudiado muchas especies de conchas rarísimas, no descritas, que habitan el agua profunda y que no podrían procurarse por otros medios.»

Sabido esto ¿extrañarán nuestros lectores que el bacalao sea tan aficionado al cebo de un pescadillo que se llama en inglés *bait*, en frances *boitte* y en español *capellán*?

Pero ántes de continuar debemos dar una descripción de este pescado, tan útil para la pesca de los gados, y en cuya compra se invierten cerca de cinco millones de pesetas por año.

El capellán, *Mallotus villorus* de Cuvier, pertenece á la familia de los salmonados. Tiene de cuatro á seis pulgadas de largo, y es el más pequeño representante de esta familia. La mandíbula inferior es más ancha que la superior; su espalda y cabeza verde no muy oscuro, con reflejos amarillos cuando se mueve á la luz. Sus costados y vientre están cubiertos de escamas plateadas y muy brillantes, salpicadas en las orillas de manchas negras. La espalda de este pescado parece, bajo muchos puntos de vista, una piel de zapa por los granos lisos de que está cubierta. Es el más próximo aliado del género *osmerus*, del que difiere, sin embargo, por la pequeñez de sus dientes y otras particularidades.

El capellán no es muy común en las costas de Nueva-Escocia, pero es muy abundante en Terranova. Además de su valor, como cebo para el bacalao, es un bocado exquisito. Tiene un ligero sabor al cohombro, como el *osmerus eperlanus*, y huye de habitar en agua fría. La manera que tiene de poner sus huevos es muy curiosa. El macho está provisto de una especie de proyección escamosa, en forma de *tectum*, que sobresale de los dos lados de la espina dorsal. Este aparato está ménos desarrollado en la hembra.

Cuando está próxima la hembra á un banco ó escollo en que puede depositar sus huevos, va acompañada de dos machos que la aprietan entre ellos, de modo que todo su cuerpo desaparece bajo sus proyecciones, quedando sólo la cabeza libre. En esta posición, los tres se deslizan con la mayor rapidez sobre la arena, oprimiendo los machos más y más el cuerpo de la hembra entre los suyos, y haciéndole de este modo arrojar los huevos por un orificio situado junto á la cola. Después de haber cumplido esta operación, se separan los tres capellanes, y huyendo con todas sus fuerzas al traves de las aguas poco profundas de la bahía, procuran ganar el seno del Océano.

Iniciados en las costumbres íntimas del capellán, diremos que éste se emplea como cebo fresco ó salado; el fresco siempre es preferible, sobre todo en alta mar. Ahora bien; ¿quieren nuestros lectores seguirnos en una excursión de pesca de truchuela? No todo es miel sobre hojuelas en el oficio de pescador. De modo que tendrán que hacer acopio de un poco de paciencia, valor, templanza y especialmente del *triplex æs* de que habla el viejo poeta latino.

La goleta pescadora en que nos hallamos es uno de esos tres mil barcos que todos los años salen de los puertos de Europa, tripulados por treinta mil marineros, á fines de

Mayo, para hacer la recolección de los gados en Terranova.

El sueño del invierno ha pasado y ha llegado el deshielo. Las ensenadas, bahías y radas, están llenas de gentes que se mueven, de buques que se dan al mar, de tumulto y de alegría.

En Terranova la llegada de la primavera es una fiesta. Parece que la vida de los hombres renace con la de los vegetales.

La colonia de San Pedro, que apenas cuenta dos mil almas durante la estación del invierno, se aumenta de repente hasta el punto de no haber materialmente en el pueblo, y de treinta mil que consta la población de San Juan, capital de Terranova, excede de pronto de cincuenta mil. Ya se podrá imaginar el ruido y el bullicio de sus calles. Pero no perdamos tiempo, que la goleta ha desamarrado sus anclas, y á impulsos del viento, que hincha nuestras velas, tocamos ya el gran banco.

Nuestro *banker*, como se llaman las barcas pescadoras, es una verdadera galera de doscientas toneladas, y desde proa el marinero encargado da la voz de haber aparecido el bacalao.

Al momento el patrón da la orden de echar el ancla, pues en la actualidad en esta pesca ninguna barca se pone á la capa sino raras veces.

Los armadijos que se emplean son de muchas especies: la arrastradera, la jábega ó barredera, la caña, ya flotante, ya dormida, ya de fondo, ya de muchos anzuelos. Estas son las más principales. La arrastradera y la jábega se emplean en los fondos de rocas, aunque sus efectos son muy destructores para el pescado. El sedal flotante se lanza desde lo alto de la borda, como puede verse en nuestro grabado, y en la que se sitúan los marineros pescadores; pero cuando emplean el tridente, severamente prohibido, se colocan comunmente en la proa ó en la popa de la barca.

La mejor guerra que se puede hacer á los gados es con el sedal dormido, que se compone de una cuerda larga, en la que de trozo en trozo se atan unos cordelitos que terminan en un anzuelo ó gancho. Este sedal mide de tres á cuatro mil brazas, y tiene de quinientos á dos mil cordeles y anzuelos.

Colocada la barca en el sitio en que se quiere pescar, los marineros preparan los sedales, y se les ceba, como queda ya dicho, con capellanes, carne, tocino, aves acuáticas, trozos de bacalao y hasta con pedacitos de paño de color.

Á las dos ó las tres de la tarde se echan al mar las chalupas de pesca: dos generalmente por embarcación. Cada una lleva consigo una tina, que contiene un sedal, del que uno de sus extremos está atado á la barca. Las chalupas se alejan en dirección opuesta. Esta operación se llama preparar los sedales. Después se arrojan al mar á un metro ó dos del fondo.

Tendidos los sedales, se les deja tranquilos toda la noche; pero á la mañana siguiente, á primera hora, se sacan, desenganchando el pescado preso en los anzuelos. Si por un solo golpe de barredera se cogen con frecuencia de cuatro á cinco mil bacalaos, no es raro pescar de quinientos á seiscientos con un sedal de fondo.

El pescado que se coge en los bancos se sala y prepara á bordo. Del mismo modo se extrae el aceite de su hígado. Para este efecto sirven unas grandes calderas que se colocan en el puente de las embarcaciones. Fabricado una vez el aceite, se encierra en barriles que se colocan en los pasamanos.

Los pescadores europeos se dividen en sedentarios ó invernadores y en nómades. Por regla general hacen tres pescas por estación: la una, la menos productiva, se efectúa de Abril á Mayo, el arenque salado sirve entonces de cebo; la segunda se practica de Junio á Julio, cuando pasa el capellán, ésta es la mejor; y la tercera con el calamar, entre Setiembre y Octubre, y da con frecuencia excelentes resultados.

El producto de las dos primeras pescas es, en general, trasportado por los ingleses y americanos á sus puertos respectivos de la costa; la tercera recolección, ó sea la truchuela verde, preparada, como acabamos de decir, se trae á Europa para el comercio.

V. C.

CAZA DE FLAMENCOS ROJOS.

(Véase la lámina de la página 29.)

En uno de nuestros viajes á Ultramar nos dió un día la humorada de hacer una excursión á Yumbel, pueblecito situado en la provincia de la Concepción, en Chile, en donde conocimos á un joven llamado Vicente Castro, que tenía un estanco en compañía de su madre, frente á nuestro hotel. Era un joven inteligente é instruido, que había viajado mucho por la América del Sur antes de venir á establecerse en Yumbel.

Casi todos los días íbamos á caza juntos de madrugada por los alrededores del pueblecito, y al volver al mediodía, mientras liábamos excelentes cigarrillos chilenos hechos de tabaco picado, mitad habano, mitad del país, pasado por un tamiz, nos entregábamos á extensas relaciones de viajes ó excursiones de caza, que muchas veces no terminaban nunca.

Un día, fatigado de matar chinchillas y perdices, que pululan en inmensas bandadas en las haciendas chilenas, le manifesté mi deseo de romper un poco la monotonía de nuestros paseos. La contestación no se hizo esperar mucho.

—¿Es usted hombre, me dijo, de tentar el paso de las fronteras de la Araucanía y cazar en los cotos vedados del ex-rey Orelío I? Si quiere usted conocer á los araucanos, ésta es la mejor ocasión. Mis piernas también empiezan á adormecerse. Si le parece á usted aceptable mi proposición, mañana mismo nos podemos poner en marcha.

—Si no fueran tan largas las lanzas de los araucanos, lo intentaría; pero....

—El alcance de las balas de nuestras escopetas de dos cañones aún lo es más; y á mayor abundamiento, los indios de la frontera no son tan malos como se cuenta. Sometidos á los chilenos, que los maltratan sin razón, siempre despreciados, los araucanos del centro están, por consecuencia, más embrutecidos que otra cosa, y es raro que se muestren peligrosos é inhospitalarios. En todo caso, tenemos con qué imponerles respeto. No es tampoco la primera vez que tengo que habérmelas con ellos, de modo que puedo enseñar á usted lo que debe hacer.

—Pues, bien; negocio concluido. ¿Saldrémos mañana?

—Por la mañana temprano.

Al día siguiente, dos caballos de escasa alzada, pero vigorosos y duros á la fatiga, nos llevaron al río Biobío, límite que separa las provincias de la Concepción y de Arauco, y á mediodía atravesábamos el río entre Santa Bárbara y Nacimiento. Serían las siete de la tarde cuando hacíamos alto ante una habitación groseramente construida con madera y arcilla, cubierta de paja, y situada al pie de las primeras ondulaciones de la Cordillera.

Después de haber atado nuestros caballos bajo un techado, y habernos puesto en guardia contra cuatro ó cinco perros, de pelos erizados y agudos colmillos, entramos en la habitación.

En una pieza grande y sombría se encontraban una mujer, dos hombres y cinco ó seis niños.

Eran araucanos.

Estos indios tienen una estatura mediana, y robusta complexión; casi todos se dejan crecer los bigotes y ninguno la barba. Sus labios son gruesos, y la nariz chata ó remangada; pero su frente ancha y despejada, y sus grandes y negros ojos llenos de fuego, compensan estos defectos; de modo que su fisonomía es un tanto simpática.

Por supuesto que en lo antedicho debe comprenderse que hemos hablado de los araucanos independientes; porque nuestros huéspedes estaban muy lejos de parecerse á este retrato. Tenían, en efecto, el tipo; pero su cabeza inclinada y su mirada estúpida, les perjudicaba mucho. Les faltaba el orgullo, el sentimiento de la independencia, que brillan en la frente de sus hermanos del interior, quienes, á caballo con la lanza en ristre, han sabido defender siempre su territorio contra las invasiones extranjeras.

Estas pobres gentes presenciaron nuestra llegada con una indiferencia que se asemejaba no poco al embrutecimiento. Nos miraron algunos momentos casi sin levantar la cabeza, después de lo cual volvieron perezosamente á las tareas á que estaban entregados en aquel momento. La mujer se ocupaba en las faenas de la casa; los hombres y los niños desgranaban maíz sobre esteras de junco.

Los comestibles no escaseaban; tenían galletas, legumbres, muchos pollos y la provisión de maíz era muy considerable; pero todo esto en un desorden que causaba pena.

En cuanto á los vestidos, se componían de camisas hechas mil pedazos, de unos harapos en forma de pantalones, y de ponchos, que parecían, en verdad, la capa del estudiante.

La mujer, joven aún, llevaba unas malas sayas de lana, que le bajaban hasta la rodilla, y un poncho á manera de chal sobre los hombros.

La prenda más completa de todas era un képis de soldado chileno, sin visera, que llevaba el más joven de los dos hombres.

Este conjunto tenía un aspecto tan poco halagüeño, que tuve intenciones de levantar el campo en seguida.

—¿Cree usted, dije á mi compañero en voz baja, que podremos pasar aquí la noche?

—¿Dónde diablos quiere usted que la pasemos? Necesitamos cuatro horas largas para encontrar otra habitación, y nuestros caballos están muy cansados. Preguntémosles si quieren darnos alguna cosa que comer.

—¿En qué idioma?

—¡Pardiez! en español.

Me dirigí lo más galantemente del mundo á la mujer, pero no obtuve contestación alguna. Creí que era sorda, y me acerqué á los hombres.

—¡Eh! amigos, les dije; ¿pueden ustedes darnos algo que comer?

Ni un movimiento; ni una palabra.

—Pues no es mala música, murmuré al oído de mi compañero Castro: ¿estamos en una colonia de sordos?

Castro reía á carcajadas, y lo ménos estuvo diez minutos sin poderme contestar.

—No me mire usted de ese modo, me dijo por último, ó reventaré de risa. Espérese usted un poco, y verá como se obra en casos semejantes. Míreme usted bien, y aprenda para lo venidero.

Se colgó la escopeta del hombro, cogió un palo y salió. Un momento después todo el corral estaba en conmoción, y Castro volvió á entrar con una gallina muerta en cada mano.

—Ya estamos servidos, dijo. Ahora manos á la obra, porque no podemos contar más que con nosotros.

Una hora después comíamos nuestras gallinas bien asadas, tortas de harina de maíz y una docena de huevos pasados por agua, y bebíamos un aguardiente detestable, pero con el cual nos teníamos que contentar por fuerza.

Nuestros huéspedes no prestaban la menor atención á lo que hacíamos, ni á nuestras risas ni á nuestros movimientos, ni al tomar lo que nos hacía falta, lo mismo que si hubiéramos estado á cien leguas de allí.

—Pero ¿qué significa este silencio, pregunté á Castro? ¿Qué clase de hombres son estos?

—Unos brutos. Esto salta á los ojos. Ya le había dicho á usted que estos desgraciados vivían aislados entre dos naciones que no se quieren y que no dejan de ponerlos de cuando en cuando á contribución. Cuando se les ha tomado la mitad de lo que tienen se consuelan, bebiendo de ese aguardiente que tan mal le ha parecido á usted, y que los pone en el estado que usted ve. Ahora paguemos nuestro gasto y vamos á acostarnos en la carreta que está bajo el cobertizo, pues en ella estaremos mejor que aquí, y no perderemos de vista nuestros caballos.

Dimos á la mujer algunas monedas, que representaban el doble casi del valor de lo que habíamos tomado.

La alegría que manifestó al tomarlas nos probó que estaba satisfecha, y salimos.

La carreta, que se hallaba bajo el cobertizo, estaba á medio cargar de alfalfa. Dimos dos manojos á nuestros caballos y nos acostamos cómodamente en ella.

Á las tres de la mañana me despertó Castro, é insistió en que partiéramos á pesar de la oscuridad que nos rodeaba.

Diez minutos después principiábamos á subir, sin mucha dificultad, la vertiente occidental de las Cordilleras, que se alza en este sitio en cuesta poco empinada.

Al cabo de una hora empezó á amanecer, pero el terreno se hizo cada vez más desigual, y nuestra marcha principió á ser más penosa.

Por último, después de haber subido, no sin trabajo, tres colinas que se levantaban la una por cima de las otras, como los redientes de una fortificación, nos encontramos delante de una cuarta colina, en cuya cima había una inmensa meseta cubierta de grandes árboles.

Castro me señaló con el dedo este bosque aéreo.

—Allí tenemos que ir, me dijo. Si las cosas no han variado, verémos en él algo bueno.

Desgraciadamente era imposible que nuestros caballos fueran más léjos. Nos vimos, pues, obligados á trabarlos y á continuar nuestro camino á pié.

Á poco tocamos las orillas de la meseta, y nos internamos valerosamente en el bosque á través de los escaramujos y malezas.

Después de media hora de marcha, Castro me invitó á seguirle haciendo el menor ruido posible. Adelantóse arrastrando algunos pasos como si quisiera sorprender alguna pieza, después se detuvo y me hizo señas para que me reuniera con él. El espectáculo que se presentó á mi vista era maravilloso.

Ante nosotros había un lago circular como de una legua de circunferencia, rodeado de inmensos árboles, que se reflejaban con una limpieza admirable en sus aguas serenas y transparentes. En el centro bandadas de aves acuáticas, ánades, cercetas, etc., sumergían sus cabezas en el agua, después batían las alas, como si estuvieran haciendo su tocado, y se regocijaban de la aparición del sol. Á las orillas, un número incalificable de flamencos rojos, alisando sus hermosas plumas y haciendo chocar su pico, rodeaban el lago de una banda rosada preparándose para principiar su pesca matinal. El sol iluminaba este paisaje con sus rayos de púrpura, y allá, en lontananza, por encima de los árboles de la orilla opuesta, las cimas nevadas de la Cordillera formaban el fondo de este cuadro, ante el cual quedaba uno lleno de admiración.

Á medida que entraba el día, la escena se hizo más animada. Las bandadas volaban de uno á otro lado, dando gritos roncós y penetrantes, particulares á las aves acuáticas; los flamencos, por su parte, principiaban á mojar sus largas piernas y á sondear con sus ojos las profundidades del agua.

Llegamos á las inmediaciones del lago. Castro ajustó una barca que hacía el comercio de maderas, conduciéndolas de una orilla á otra, y á pocos momentos después nos hallábamos situados tras de unos tamarindos. Había llegado el momento de cazar.

Verdaderamente era una iniquidad matar aquellas bellísimas aves; pero ¿cómo resistir la tentación? El que no lo haga así no es cazador. Cuatro tiros simultáneos se oyeron y cuatro flamencos pagaron con sus vidas.

Al ruido toda la bandada voló al momento hácia el centro del lago, en el que formó como una especie de nube encarnada dando vueltas sobre sí misma. De vez en cuando un flamenco se apartaba del grupo, se dirigía á la orilla y desaparecía tras de los árboles.

Todos los huéspedes de pluma del lago se habían alarmado, en una palabra, y volaban en todos sentidos. De este modo muchos ánades encontraron la muerte al pasar á tiro de nuestras escopetas.

A la hora, el calor se hizo insostenible, y nos vimos obligados á abandonar la partida, ganando á fuerza de remos la orilla.

Cuando desembarcamos, nuestro primer cuidado fué buscar los caballos. Estos no se habían movido.

Dos ánades, dos cercetas y el agua clara de un riachuelo, compusieron nuestro almuerzo.

C. V.

EL MES DE FEBRERO.

(Véase la lámina de la pág. 24.)

Con una fiesta religiosa, y de las más interesantes que celebra entre las suyas el mundo católico, da casi principio este pobre mes, tan mutilado, tan insignificante y tan poco favorecido por la Naturaleza y la Fortuna.

Pasados cuarenta días desde el alumbramiento que convirtió á un mísero portal en foco de inextinguible luz, que iba á desvanecer para siempre las tinieblas del error, salió la Virgen María á visitar el templo, ó á oír

la misa de parida, como se dice en los tiempos modernos.

Las gentes de Judea se precipitaron para ir al encuentro de la Madre de Jesús, y unos la ofrecían, como símbolo de mansedumbre, tiernos corderillos de lanas blancas como la nieve recién desprendida del espacio, y otros la daban tórtolas del color de las perlas, como emblema de la ternura y de la pureza.

Llevaba la Virgen en la mano una vela encendida, representando la lumbré viva de la fe, á cuya luz llamaron los hebreos *queriquetit*, palabra que, traducida fielmente al castellano, significa *candela*.

A los resplandores, pues, de la fiesta de las Candelas comienza Febrero su breve reinado, tan breve, que la gente al verlo venir entre San Blas y San Ignacio, exclama siempre en tono de burla:

—¡Ya tenemos aquí á *Febrerillo el corto*!

¡Infeliz! Es el único mes del año á quien se denigra poniéndole un diminutivo; el único á quien se insulta suponiéndole hasta privado de razón.

Todos los meses tienen sus manifestaciones naturales, y nadie se mete con Diciembre y Enero porque nieve, ni con Marzo porque el viento brame enfurecido, ni con Abril y Mayo porque se las echen de templados y achicharren las plantas con sus hielos nocturnos, ni con Julio y Agosto porque con su calor nos derritan los sesos; pero al mísero Febrero nada se le perdona, ni el calor, ni el frío, ni la sequía, ni la lluvia, ni las nubes, ni el despejo del cielo, diciendo infaliblemente el pícaro mundo sin agradecerle lo bueno, ni irritarse por lo malo:

—¡Febrerillo el loco!

Loco y corto, ó lo que es lo mismo, el insulto y el escarnio.

En Febrero busca la sombra el perro, primer refrán.

San Matías, entra el sol por las umbrías y cantan las to-tobías, segundo refrán.

Y los que hacen caso de estos refranes se aligeran de ropa, atrapan un constipado de marca mayor, y le echan la culpa al pobre Febrero, como si fuese suya la de hallarse entre las inclemencias del invierno y las tibias emanaciones primaverales. Bastante trabajo tiene con hacer á dos temperaturas, pero nadie le compadece, porque ya no hay justicia en la tierra, y eso que por hacer á varios temperamentos, parece un hombre político de estos tiempos.

De vez en cuando, y para que no se muera de tristeza este mes, consagrado en la antigua Roma á las carreras lupercales y á las bulliciosas fiestas de los locos, le conceden el Carnaval como favor insigne; pero si en alguno de los tres días caen siquiera unas cuantas gotas, que no son capaces de humedecer la cola de un pájaro, llueven sobre él los dicterios y las maldiciones, confirmando-se la creencia de que Febrero está loco, y todo ello porque ha impedido que se desarrolle unos grados más la locura del hombre.

Los labradores detestan á Febrero, porque como no se fían de él, están mano sobre mano, y *molino que no anda...* Algunos siembran habichuelas en las tierras fuertes y arcillosas; otros, como quien pone dinero á una carta, echan simiente de lechuga y perejil en sitios abrigados y expuestos al Mediodía, y los demás, por no estar ociosos, remueven la tierra y la mezclan bien con los abonos, cual si quisieran avisarla de que se prepare á recibir en su seno el germen de las galas con que ha de presentarse en la fiesta de la resurrección vegetativa.

Febrero es un mes muy á propósito (algo de bueno había de tener) para la plantación de árboles frutales en hoyos bien oreados de antemano, y los jardineros aprovechan los días buenos para renovar el aire de las estufas á media mañana, pero con la debidas precauciones, á fin de que no se constipe esa delicada é interesante familia de coquetas marimónas, de orgullosas anémonas, de altivos tulipanes y de fragantes heliotropos.

No necesitan de tantos cuidados, por cierto, las violetas, que hacen su medrosa aparición para que haya alguien que reciba á las primeras naranjas y á las pasas de la última cosecha. Estas señoras vienen muy incomodadas por las molestias que sufren y la prensa en que las meten al mandarlas de viaje.

Febrero para los cazadores se parece al niño que no cesa de hacer gracias durante la visita, y al final concluye

por cometer una inconveniencia que borra el recuerdo agradable de lo pasado.

Está veintisiete días convidándonos á entregarnos con deleite á nuestro placer favorito, y el último, ó sea el 28, echa bruscamente la llave á los campos, se la mete en el bolsillo, y no la entrega sino al primer día de Setiembre, cuando oye desde la otra vida que se ha pronunciado la orden de apertura de la caza.

El último día de Febrero se lleva en sus 24 horas el eco de los disparos que no volverán á retumbar en el monte. Llanos y colinas, lentiscos y tomillares, pueden servir desde 1.º de Marzo de alameda tranquila donde se echen piropos sus agrestes habitantes, á los que no se ocurrirá sin duda llamar á Febrero *Febrerillo el corto*, porque les parecerá demasiado largo, si cuentan sus días por el número de víctimas con que los cazadores les damos la despedida.

Si Gregorio XIII hubiera sido cazador, que seguramente no lo era ni por asomo, habría dado á Febrero 31 días como 31 soles; pero por desgracia el mes más corto del año es el último en que se nos permite gozar de los placeres supremos de la caza.

Es menester pensar seriamente en reparar esta injusticia que nos priva de cuarenta y ocho horas de delicias, y ver de qué modo nos quedamos con dos días de Marzo sin que nadie se aperciba de ello.

San Eustaquio nos protegerá desde el cielo.

C. T.

CARTA DE UN CONEJO

Al Sr. Director de LA ILUSTRACION VENATORIA.

Real Sitio de El Pardo y Enero, 1879.

Muy señor mío de mi mayor respeto: no tengo el gusto de conocerle, ni ganas tampoco, porque una coneja íntima amiga mía me ha dicho que donde pone V. el ojo pone V. el tiro, y que además le acompaña un perrito capaz de darle á uno la desazon del siglo; así es que maldita la gracia que me haría trabar relaciones *directas* con los cañones de la escopeta de V., ni con el hocico de su apreciable compañero de caza.

Pero ha llegado á este monte, por el correo de Fuen-carral, el último número del periódico que V. dirige, con demasiado acierto, según la opinión pública en estos vivares; y agachapado una noche junto á la casa de un guarda, he oído leer las *Memorias tristes* de D. Prudencio, conejo venerable que murió al fin triturado entre los dientes de una pícara zorra. Tristes son, en efecto, los trances porque pasó aquel infeliz, y dignos de compararse con los episodios de mi vida, y la llamo así por costumbre, puesto que todos los seres vivientes tienen el alma en el cuerpo; todos, menos los conejos, que la tenemos siempre en un hilo.

Referir á V. los apuros en que me he visto, es lo que me mueve á dirigirle la palabra, á ver si quiere Santa Rita que el artículo y mi carta pongan un poco de compasión en el ánimo de los hombres que caen sobre nosotros, como los bárbaros de Germania sobre las campiñas de la opulenta Roma.

No extrañe V. este golpe de erudición conejera, porque aquí estamos ya muy instruidos, y raro es el que de nosotros no sabe leer á fuerza de estudiar sobre los millares de trozos de periódicos de que dejan sembrado el monte los cazadores que vienen el domingo á divertirse á costa de nuestro pellejo, después de haber desliado y devorado sus vituallas.

Yo nací en el magnífico valle que separa al *Goloso* de *Torrelaparada*, valle resguardado de los vientos fríos del Norte, y perfumado siempre con la fragancia del oloroso tomillo. Una excavación no muy profunda, cubierta de musgo y con la boca al sol del Mediodía, me sirvió de abrigada cuna.

Tenía dos hermanos y tres hermanas: todos éramos gemelos, y nuestra madre velaba sobre los seis con un amor que parecía inextinguible. En cuanto á mi padre, no le echamos nunca la vista encima; pero según supimos por una vecina muy vieja y muy chismosa que venía á vernos de vez en cuando con sus hijos, había sido un calavera, un libertino en toda la extensión de la palabra.



CAZA DE FLAMENCOS ROJOS.



Después de seducir á mi pobre madre, la abandonó en estado interesante para irse con otra coneja que lo estaba sonsacando desde la tarde que se encontraron en un fresco prado.

Pero como el mal proceder lleva siempre su merecido, hallábase mi padre cierto día retozando al sol con la tal coneja, cuando un guarda hizo una carambola, es decir, que los mató á los dos de un tremendo garrotazo.

—Prueba que estaban demasiado juntos, decía nuestra vecina, que no perdonaba ocasión de ejercitar su mala lengua.

Mi madre estaba siempre sermoneándonos.

—No salgais mucho de la madriguera, decía á cada instante. Todo lo que en el mundo existe, todo, hasta el viento que agita las hojas de los árboles es enemigo de los conejos; todo se convierte en medios para aniquilarnos. Nadie como nosotros tiene necesidad de protección, y nadie ha recibido menos armas de la Providencia. ¿Qué podemos hacer contra los lobos, los zorros, los hurones, etc., y además contra tantas aves de rapiña? Nada, absolutamente nada más que vivir siempre alerta para librarnos de sus asechanzas. ¡Triste suerte la nuestra!

Y con una pata, blanca como el armiño y suave como el terciopelo, se enjugaba los ojos humedecidos por la pena.

Inútil es decir que sus consejos nos entraban por una oreja y nos salían por la otra. Apenas se iba á sus quehaceres, abandonábamos nuestra caliente y mullida cama para correr y jugar como locos por el borde de una zanja que estaba cerca de la casita materna.

Un hermoso día de sol... ¡de recordarlo me horripilo!... estábamos los hermanos rumiando una hierba que nos gustaba con pasión, cuando vi venir á un animal largo y negruzco que avanzaba traídoramente y sin hacer ruido hacía nosotros.

—¡Una garduña! exclamé dando zapatazos contra la tierra.

Y salimos disparados como alma que lleva el demonio. Al entrar en la madriguera noté la falta de una de mis hermanas, y con un valor sobrenatural me asomé á la boca, viendo horrorizado que el feroz carnívoro arrastraba el cuerpo ensangrentado de la infeliz. De repente aparece un sacre y la garduña suelta la presa. Mi corazón saltaba de alegría, pero pronto se convirtió en tristeza, al notar que el pájaro la cogió con las garras y remontó el vuelo, sin duda para ir á devorarla en la copa de algún árbol en la cresta de alguna montaña. Sin embargo, un águila sale al encuentro de aquel bandido: trábese un combate espantoso entre aquellos señores del espacio, sueltan á mi hermana, que cae desplomada al suelo, y dos cuervos asquerosos, que acechaban escondidos en unas matas, se echan sobre ella y la devoran á picotazos antes de que los de arriba hubiesen acabado su contienda.

Temblábamos de terror como azogados, y el porvenir presentábase á mis ojos más negro que el color de los asesinos de mi desgraciada hermana.

En aquel momento vino mi madre, que ni siquiera se apercibió del vacío de la difunta. No se cuidó como siempre de darnos de mamar, y toda la noche anduvo inquieta y agitada de un lado á otro. A la madrugada oí chillidos y carreras, y luego el rumor de una pelea encarnizada entre varios conejos que se disputaban el derecho de entrar en casa.

Luego, de repente, y sin mirarnos siquiera, mi madre se fué con el vencedor, dejándonos abandonados y huérfanos á las seis semanas de edad.

Al amanecer llegaron los conejos hijos de la vecina de al lado, que también había decidido contraer segundas nupcias.

Las uniones más tiernas nacen siempre de la comunidad del infortunio, y así es que nos unimos todos.

Pusímonos en camino con el propósito de mudar de vivienda y de buscarnos la vida en otros sitios que no tuviesen tan tristes recuerdos; pero á los pocos pasos, y á pesar de mis recomendaciones, porque la noche era oscurísima, fué á dar uno de mis hermanos de cabeza en un colete de alambre. Tanta fuerza hizo para salirse del lazo, que casi se le separó la cabeza del tronco. Después de dos ó tres movimienos convulsivos, se quedó rígido como el acero.

Llenos de espanto echamos á correr, y cuando amaneció me encontré sólo con una amiga coneja en un montecillo que parecía una alfombra tejida de flores de romero. Sin perder un instante me puse á excavar la tierra, y á poco tiempo ya teníamos casa mi compañera y yo.

El sitio, la ocasión, la juventud y no sé qué otras cosas más, contribuyeron á que la conejita y yo nos mirásemos con buenos ojos.

Disponfame á ofrecerle un testimonio de mi acendrado cariño, cuando una detonación horrible, como no la he oído, ni la oíré jamás, me puso de punta todos los pelos del lomo.

La coneja quedó atravesada de parte á parte sobre el lecho nupcial que habíamos elegido á la sombra de unos lentiscos, y yo arranqué como un parte telegráfico.

Asustada una zorra por el disparo, echa á correr también, tropieza conmigo, y juzgándome buena presa, me alcanza y se dispone á degollarme. Ya sentía en el cuello el cosquilleo de sus dientes, cuando suena otro tiro, cae la zorra muerta á mi lado, y yo, aunque con una perdigonada bastante respetable en la parte posterior del cuerpo, escapo con vida y continúo corriendo como la luz, sin detenerme un segundo, y entristecido al considerar que no tenía ni boquijo donde albergarme, ni familia que me esperara, ni sitio conocido en que descansar, ni mata que con sus hojas me cobijase, porque en todas partes creía encontrar un peligro de muerte.

¡Qué día tan espantoso! Para complemento de dicha, caí en una trampa en medio de mi desafortunada carrera. Muerto de hambre y de cansancio, no sé lo que me sucedió en los primeros momentos. Oí confusamente las voces de unos niños que brincaban de gozo al verme cogido en el lazo, y cuando volví en mí, me encontré en el patio de una casa de campo y metido en una jaula como un pájaro.

Al principio me trataron bien, dándome de comer de cuantas hortalizas se crían en la tierra; pero pronto se cansaron los niños de ponerme hojas de coles y de lechuga, y entonces comprendí yo que una pobre hierba, por poco apetitosa que sea, comida con libertad y en medio del campo, vale más que el mimo y el regalo en el espacio reducido de una prisión.

Perdí el apetito: uno de aquellos angelitos me tomó tal manía, diciendo que yo no servía para nada, que una mañana, aprovechándose de la circunstancia de tener yo una oreja fuera de los alambres, me la cortó con unas tijeras, lo mismo que si hubiera sido un pedazo de papel.

Salió tanta sangre de la herida, que creyeron que me moría, y para antes de que llegara este caso, se reunió en el mismo patio, y delante de mí, un consejo de familia, con objeto de fijar la hora del sacrificio y determinar si se me guisaría con arroz ó en estofado. Prevalció el voto del estofado, y el bárbaro del niño que me había cortado la oreja, encargó que le pusieran al guiso muchas cebollas.

Creo inútil pintar lo que pasó por mí. El siguiente día era el de la matanza; pero resuelto á evitarlo, y sacando fuerzas de mi desesperación, me puse á roer los alambres de la jaula, resuelto á escaparme si podía en cuanto los mozos abriesen la puerta del corral.

Trabajé toda la noche sin descanso, dejándome allí la mitad de los dientes, y al despuntar el alba había roto algunos alambres, pero no los suficientes para poder meter la cabeza.

Abrieron la puerta que daba al campo, y vi á lo lejos el monte que me convidaba con la independencia y la vida. Sentí un vértigo al oír á las gentes de la casa que ya se iban levantando, y metiendo el hocico por el estrecho boquete que hice durante la noche, y dejándome en las puas tres ó cuatro túrdigas de pellejo, y una parte principal del espinazo, recobré la libertad y volví al monte, donde no sé qué clase de muerte me aguarda.

Sea cual fuere, la prefiero á la del estofado con muchas cebollas, y á alimentar con mi cuerpo al tunantuelo que me dejó mutilado para siempre.

Mi vida este año es un poco más tranquila que el anterior, en que me salvé de milagro, porque sólo viene á cazar los domingos, junto á estos vivares donde yo resido, una caterva de señoritos que se pasan el día comiendo

y en constante jolgorio, mientras nosotros, por lo que pueda tronar, permanecemos junto á las bocas sin alargar el paseo, porque de donde menos se piensa sale un tiro, y conejo precavido vale por ciento.

Aun así y todo, ¡quién sabe si no estaré mañana á estas horas destripado y gozando de las delicias de la otra vida!

Si alguna vez viene V. por aquí, Sr. Director, y tropezca conmigo, no dudo que, sabiendo ya mis señas particulares, me respetará en gracia de mi recuerdo al escribirle esta carta, que me alegraría publicara V. en su acreditado periódico, lo cual me dará aquí cierta popularidad, aunque no es nuevo el caso de que algunos animales se metan á literatos.

Y con esto no le cansa más

EL CONEJO DESOREJADO

EL DRAMA DE LA MARNIERE.

El 1.º de Setiembre último, á la caída de la tarde, los gendarmes Prot y Leuret, de la brigada de Pontchateau, de la vecina República, que se hallaban de servicio en el campo de la feria, notaron con extrañeza el porte de una mujer llamada Lapierre, cuyo marido, dañador temible, había sido castigado por la justicia muchas veces.

Esta mujer, joven aún y linda, á pesar de los harapos que la cubrían, gozaba de la más deplorable reputación; y, según la opinión pública, estaba encargada de la venta de la caza muerta por su marido y sus cómplices, lo que no la impedía de ningún modo practicar el robo cada vez que creía poderlo hacer sin peligro.

En la feria de 1.º de Setiembre, siendo una de las más importantes del año, la Lapierre no podía dejar escapar una ocasión tan propicia para entregarse á su culpable industria.

Sorprendida en flagrante delito de robo de muestras de una tienda de comercio de la feria, por los gendarmes Prot y Leuret, fué llevada ante la autoridad y condenada á cinco años de prisión.

Si esta sentencia había sido generalmente bien acogida en el país, había producido por otra parte odios terribles contra los dos gendarmes, cuyas declaraciones la habían principalmente motivado, y en poco estuvo que la explosión de este odio no fuera fatal á los dos funcionarios públicos.

Hace algunos días, en efecto, volvían de recoger la correspondencia á las diez de la noche, y aguijoneados por el hambre, habían puesto sus caballos al trote.

El tiempo, cosa rarísima, estaba aquel día magnífico; la luna llena iluminaba el campo, poniendo de relieve los contornos de los objetos, y especialmente los gendarmes que se dibujaban con claridad en el camino.

Para hacer menos monótono el tiempo, los dos soldados se comunicaban alegremente sus impresiones, con la pipa en la boca; y los caballos, que, según la expresión popular, *olían la cuadra*, aspiraban el aire con estruendo, haciendo resonar sus herraduras sobre el piso endurecido por el viento frío del Norte.

Llegados sin dificultad alguna al camino de la Trinidad, los gendarmes tomaron la travesía de la Maison-Rouge, á fin de ganar el bosque de la Marnière. Este camino, quizás menos hermoso que el camino real, abrevia á lo menos una buena media legua, y, para las personas cansadas y con hambre, no es una ventaja despreciable.

Antes de llegar al bosque de la Marnière, cuya masa sombría se destacaba á algunos centenares de metros, los gendarmes tenían que atravesar una gran llanura abierta por todos lados; y para libertarse lo más pronto posible de las caricias del cierzo, habían de comun acuerdo puesto sus caballos al galope.

Apénas habían andado los dos tercios de la llanura á este paso, cuando, acortada la distancia, apareció la masa del bosque más sombría y más impenetrable.

Desde el momento que abandonaron el camino real los gendarmes no habían cambiado ni una palabra, caminaban bajo la impresión de cierta inquietud, irreflexiva sin duda, pero á la que las amenazas proferidas por Lapierre en muchas ocasiones daban cierta importancia.

Un molesto presentimiento les oprimía el corazón, y aunque no se atrevían á confesarlo, ambos trataban de apartarse lo más pronto del bosque.

Todo el mundo en el pueblo de Pontchateau sabía que el servicio de la correspondencia retardaría á los gendarmes hasta muy tarde. Ahora bien, Lapierre, que pasaba la mayor parte del día en las tabernas, no podía ignorar estas circunstancias.

La ocasión era excelente para que el bribón la dejara escapar.

La sombra espesa proyectada por el bosque le permitía ponerse al acecho sin temor de levantar sospechas, mientras que, por otra parte, los gendarmes, poniéndose al descubierto, presentaban un punto de mira que le permitían dar en el blanco con certeza.

Aguijoneados por ese temor instintivo que tiene lo desconocido, los gendarmes activaban el paso de sus caballos, y apenas se encontraban separados algunos metros de la linde del bosque, cuando un relámpago iluminó la noche, retumbó un tiro, y el gendarme Prot soltó la brida lanzando un grito y sacudiendo el aire con los dos brazos.

Antes que Lebret hubiera tenido tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, un segundo tiro se escuchó, y su caballo, que instintivamente se había encabritado, recibía la descarga en el pecho.

Á la luz de los disparos, Lebret había visto á tres individuos, de los que uno, el más próximo, estaba arrojado en el suelo, y los otros dos de pie y detras; todos llevaban anchos sombreros, cuyas largas alas ocultaban su fisonomía.

Aunque herido gravemente el caballo de Lebret, impulsado por su brío, había dado algunos pasos adelante; después se detuvo vacilando sobre sus piernas.

En un momento Lebret echó pie á tierra, y parapetándose detras del animal, se aprestó, revólver en mano, á defender valerosamente su vida.

Durante este tiempo, Prot, herido en la paletilla izquierda, halló en su energía suficiente fuerza para resistir al dolor que le torturaba, y acudiendo al socorro de su colega, armado con su revólver, lo disparaba en la dirección de donde habían partido los tiros.

Los bandidos, creyendo haber cumplido sus siniestros proyectos, se apresuraron á desaparecer por el bosque, y Lebret, cuyas miradas parecían penetrar en la oscuridad, reconoció que en el sitio no había nadie.

Perseguir á los miserables era más que una imprudencia; Lebret, pues, se contentó con prestar los cuidados más precisos á su camarada, el cual, agotadas ya sus fuerzas, estaba próximo á desmayarse.

La herida de Prot era felizmente más dolorosa que de peligro, y con ayuda de su compañero pudo llegar á Pontchateau, en donde se le prodigaron todos los auxilios que requería su estado.

El caballo de Lebret murió á las pocas horas, y el gendarme, que lo adoraba, ha jurado vengar su muerte y ha sostenido su palabra.

Lapierre, preso, y convicto del crimen de asesinato, ha declarado completamente, y con la esperanza de salvar su cabeza, ha denunciado á sus cómplices, dos dañadores de la peor especie.

Los tres comparecerán dentro de algunos días ante el tribunal, en donde recibirán el justo castigo que su crimen merece.

Que se imite en España este sistema de persecución que nos cuenta *La Chasse Illustrée* de París, y se acabarán los dañadores y cazadores furtivos.

X.

CAZA DEL CONEJO EN MANO.

La caza del conejo en mano tiene también su estudio; teniendo presente la manera y forma que tienen estos animalitos de arreglar su lecho de descanso, sitios que eligen para verificarlo, horas á que salen de sus madrigueras, y algunas más circunstancias climatológicas que no deben olvidarse, debe principiarse en toda clase de países y terrenos á cazar de arriba para abajo y á lo largo de las laderas del monte, pues nadie ignora que si el conejo es pe-

rezoso por naturaleza para abandonar su escondite, lo es mucho más para correr en dirección hacia abajo que hacia arriba.

Si toda manera de cazar necesita sujetarse á ciertos preceptos hijos de la práctica, la clase de caza que nos ocupa será siempre tanto más divertida y abundante cuanto las reglas ó indicaciones que vamos apuntando, y que la experiencia nos ha hecho conocer, son de la mayor importancia que se practiquen en absoluto.

Por muy poco declive que tenga el terreno donde haya de cazarse, la primera mano siempre debe tomarse por todo lo alto y con la cara al viento.

De este modo, aun cuando la caza se aperciba de los tiros, pisadas, carreras de los perros y demas ruidos que son inevitables, como quiera que el mismo desnivel del suelo resguarda á los conejos y no les permite ver nada de lo que acontece sobre ellos, teniendo además presente, como hemos dicho, su pereza habitual y su mayor repugnancia á correr hacia abajo, todo esto les obliga más á permanecer quietos en sus sitios, hasta aguantar la muestra de los perros ó esperar que el cazador llegue junto á ellos y les obligue á brincar, cuando no á sufrir la muerte en la misma cama.

De emprender la cacería en sentido contrario, apenas los conejos, y aun las liebres, se aperciben de cuanto sucede en la parte baja, y lo consiguen en el acto por su posición ventajosa, van abandonando quedito sus rincones para evadirse, y los conejos para internarse en sus madrigueras, de donde no salen ya en todo aquel día, sucediendo además en este caso, que al ir subiendo los cazadores, por cierto jadeantes, los perros no pueden sujetarse por los muchos rastros frescos que encuentran, desesperando á sus amos sin conseguir resultados satisfactorios.

Estas observaciones unidas á que, cuando llegan los cazadores al monte, les acompañan el descanso, la afición, las mil ilusiones y esperanzas forjadas, y hasta se encuentra placer en trepar á lo alto sin mayor fatiga, da por resultados más cómoda la cacería para después, toda vez que al descender se encuentra el descanso natural cuando quiera que se baja una pendiente, por insignificante que sea.

Se me objetará que los tiros son más certeros cuando sale la caza cuesta arriba, es verdad; pero esta ventaja no reporta las demas que se alcanzan practicando estas observaciones.

ARTURO POSMER.
(Segovia.)

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA DEL DÍA 27 DE ENERO.

La primera piña, de diez palomas y dos tiradores, la ganó, matando siete de diez tiros, el Duque de Huéscar, contra D. Eduardo Anspach. La segunda piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando nueve de diez tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Duque de Huéscar. La tercera piña, igual á las anteriores, la ganó, matando diez de once tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Duque de Huéscar.

GACETILLA.

CAZADORES HERIDOS POR JABALÍES.—Leemos en el *Irrac-bat* de Bilbao de 26 de Enero:

«Nos escriben de Guriezo (provincia de Santander) que los hermanos D. Francisco, D. Silverio y D. Felipe Perez, intrépidos monteros de aquella localidad, dieron muerte á dos jabalíes, uno de ellos corpulento y colmillo, el día 17 del corriente. Los cazadores habían llegado muy de mañana al monte Remendon, y se habían estacionado á bastante distancia uno de otro en los puntos que más convenientes les parecieron, junto á un matorral espesísimo. Pocas esperanzas tenían de salir airoso de su empresa, pues el tiempo era de lo ménos á propósito para perseguir por aquellos vericuetos á los ágiles cerdosos, que por lo visto, y según la feliz expresión de uno de los cazadores, ni sufren de reuma, ni tienen callos en los pies; en efecto, llovía copiosamente, y todo parecía indicar que la lluvia no cesaría en muchas horas. Pero afortunadamente, apenas los perros se habían internado en el matorral, cuando D. Francisco vió bajar hacia él á un jabalí de enorme cuerpo y de formidables colmillos, y apuntándole con serenidad, cuando le tuvo cerca, le metió una bala por debajo de los ojos.

«Cayó el puerco al suelo, y era de creer que había terminado su gorrina vida; mas antes que el cazador lle-

gára junto á él, se levantó y corrió hacia el río, perseguido por el cazador que le había herido y por su hermano D. Silverio. Creían éstos que el cerdoso pasaría á la otra orilla; pero se equivocaron, porque después de seguir algunos momentos por la margen del riachuelo, se dirigió otra vez al monte con tanta rapidez como había bajado. En aquel momento otro jabalí más pequeño apareció á la vista de los regocijados cazadores, y casi en el mismo instante cayó atravesado de dos balazos, que le dejaron sin vida. Entre tanto el jabalí herido había llegado á donde estaba estacionado D. Felipe, quien así que le vió le descargó dos tiros, que por segunda vez derribaron al animal en tierra, cayendo en un paraje poblado de pequeños acebos y cubierto de maleza. Mas cuando el cazador se aproximaba á él, el irritado puerco se levantó, y arremetiendo á su enemigo con la rapidez del rayo, le dió una tremenda dentellada en un muslo, dentellada que por fortuna no ofrece peligro, á pesar de que presenta una abertura de cuatro pulgadas por dos de profundidad.

«Los otros dos hermanos nada sabían de lo acaecido, y se esforzaban por buscar la res, cuando se apercibieron de que los perros la traían otra vez hacia aquel lado. ¡Qué hermoso espectáculo se ofrece á sus ojos! El valiente puerco emboscado en un acebedo, afronta arrogantemente la cólera de los perros, que no se atreven á acercarse demasiado, y que al fin se retiran acobardados. Entónces el jabalí se aleja, desaparece de nuevo en la espesura, y los cazadores van resueltamente en su busca.

«Al cabo de un rato, habiendo uno de los cazadores (D. Silverio) pasado junto al jabalí sin reparar en él, éste le derribó en tierra de una súbita y terrible embestida, y el cazador fué rodando buen trecho por el monte abajo, lastimándose el rostro con las ramas. Seguros esta vez los cazadores del sitio en que estaba la pieza, se dirigieron hacia ella animosamente por la parte de arriba, y cuando estuvieron como á unos diez pasos del cerdoso, éste les acometió furioso; pero los intrépidos cazadores lo dejaron acercarse hasta tocar con su horrible hocico al cañón de las escopetas, y disparándole á un tiempo los dos tiros, pusieron fin á su bravura y á su vida.»

LAS CERVEZAS Y SUS ADULTERACIONES NOCIVAS Á LA SALUD, CON LOS MEDIOS SENCILLOS Y EFICACES PARA CONOCERLAS.—Dictamen aprobado para la Sociedad Económica Matritense y presentado por el socio D. Balbino Cortés y Morales. Precioso folleto recién publicado, que se vende en las principales librerías.

BOLITAS DE ESTRICNINA.—La composición de estas bolitas para matar zorros es muy delicada; así es que todas las precauciones que se tomen para la composición de este terrible veneno son pocas, y la elección de las materias destinadas para disimular el veneno al olfato tan fino de este animal, es aún cuestión más importante.

Una de las mejores maneras de hacer estas bolitas es tomar un pedazo de hígado de buey, cocido en una olla, machacarlo con una cantidad igual de manteca sin sal, y con esta pasta se hacen unas bolitas á las que se añade un buen polvo de estricnina.

El zorro gusta por todo extremo del hígado de buey, cuyo olor le atrae desde lejos.

Igualmente se emplea el queso de Gruyère; con el tubo de una pluma se le quita un pedacito, y en este agujero se echa un polvo de estricnina, y se le tapa con el mismo pedacito que se ha sacado ántes.

Puede también ponerse la estricnina en una curruca ó perro muerto, de manera que los perros que pasen á su lado en los campos no corran el riesgo de dejarse seducir por el veneno.

La colocación de las bolitas se efectúa poco ántes de la puesta del sol en sitios fáciles de reconocer.

Al día siguiente es preciso recoger las bolitas ántes del amanecer; por regla general, si el polvo de estricnina es suficiente, se debe encontrar el zorro muerto en un radio de un centenar de metros del sitio en que tragó la bolita.

MUERTE RARA DE UNA JABALINA.—El hecho siguiente lo tomamos de *L'Impartial* de Andelys:

Informado el alcalde de Andelys de que una manada de jabalíes ejercía sus estragos en los contornos de dicho pueblo, se dispuso á castigar á tan temibles huéspedes.

Una enorme jabalina arranca ante los perros, y recibe una bala en un costado á unos sesenta metros; la fiera queda atravesada de parte á parte.

Sin embargo, el animal, á pesar de esta terrible herida, más enfurecido aún por el dolor, atraviesa la llanura acosado por los perros, y se refugia en el bosque de Vernon. En éste ya, un pastor, hombre conocido por su fuerza extraordinaria, echa á correr tras de la fiera para ver si podía apoderarse de ella, cuando lo ve la jabalina y se arroja sobre él de repente.

El pastor da un salto hacia atrás, y al mismo tiempo

que recibe una dentellada en el pulgar de la mano izquierda, coge el animal por las orejas y se echa encima de él á fin de tenerle sujeto.

Durante veinte minutos lo ménos, este hombre valeroso es arrastrado por el animal furioso, el cual hacía retembar el bosque con sus espantosos gruñidos.

El alcalde llega en el momento en que el pastor, agotadas ya sus fuerzas, caía desvanecido.

El animal se precipita sobre su nuevo adversario, que le detiene enviándole una bala al corazón.

La monstruosa jabalina, que tenía en su vientre nueve jabatos, pesaba 140 kilogramos.

UN CRIADERO DE LEONES.—*La Solidarité*, de Argel, dice en uno de sus últimos números, que se ha encontrado en Bouira un verdadero criadero de leones.

Segun las noticias que da dicho diario, se han visto cerca de este pueblo un leon, una leona y dos leoncitos de tres á cuatro años, es decir, ya leones verdaderos, y por último, muchas crías, apenas de meses, algunas mamando aún.

Hace pocos días, tres empleados de administración civil cazaban en el barranco próximo á la posesion de Lacome. El uno de ellos, habiendo matado una perdiz, se había puesto á buscarla entre unos chaparros, cuando descubrió entre unas matas, al separarlas, la cara poco amistosa del terrible felino, acostado detras de aquellas tranquilamente.

En aquel mismo momento todo pensamiento de gloria y de perdiz desapareció de la imaginacion de nuestro cazador, el cual con sus dos compañeros pusieron piés en polvorosa más que á paso, retirándose al pueblo.

Dos días despues, como á tres kilómetros de Bouira, por el lado de Marcalla, un colono traía, atada con una cuerda, una ternera extraviada, y vió á algunos centenas de pasos al leon seguirle y tratando al mismo tiempo de ocultar el cuerpo para que no le viera el hombre, el que llegó á su casa más muerto que vivo, á favor de una carrera sin descanso.

Por último, al día siguiente, entre la casa Lallemand y el palacio Choisy, se encontraron la cabeza, costillas y piés de una ternera de diez y ocho meses devorada la noche anterior.

Aun se veía junto á estos restos la señal de los pasos del leon, que tenían unos diez y siete centímetros de largo por trece de ancho.

UN EXCÉNTRICO.—Un excéntrico, conocido en los Estados-Unidos con el nombre de *El Hombre del carretón*, ha efectuado un acto de fuerza singular.

Había apostado hacer á pié el viaje de Nueva-York á San Francisco arrastrando un carretón. La suma ascendía á 5.000 pesetas.

Este hombre, dotado de una fuerza muscular poco común, salió de Nueva-York el 20 de Junio y llegó á las costas del Pacífico el 16 de Octubre último, despues de haber corrido los mayores peligros, sobre todo en la pradera y las montañas-Rocallosas, en que estuvo á punto de ser devorado por los indios.

Precedido por un mejicano vestido con el traje nacional, y llevando en la mano una larga caña llena de cintas, atravesó el 16 de Octubre, á la una del día, la calle Montgomery, de San Francisco.

Una multitud de curiosos se apiñaban alrededor del infatigable caminante, que arrastraba tranquilamente su carretón ante sí sin ocuparse para nada de la admiracion de los espectadores.

Es un hombre robusto, si bien tiene una estatura baja, y su edad serán unos cuarenta años.

El carretón, construido expresamente para este viaje extraordinario, es muy ligero y encierra un arca en la que lleva las provisiones: sobre ella se leen las siguientes palabras: «Camino de Nueva-York á San Francisco.»

ENTRE LAS UÑAS DE UN LEOPARDO.—Leemos en *El Eco de Italia*, de Nueva-York, que Mme. Rhinehardt, la célebre domadora de fieras del Serrallo de Coop, calle 14, en Nueva-York, es una mujer de treinta años, de pequeña

de lucha, se retiraron; unos quince permanecieron hasta el fin. Dos entre éstos continuaron de un modo sorprendente hasta el sexto día, consiguiendo una ventaja considerable sobre el otro.

La tarde de dicho día, el primer vencedor había recorrido la maravillosa distancia de quinientas veintiuna millas inglesas (la milla inglesa equivale á 1.609 metros), es decir, más de 838 kilómetros. Había, pues, caminado ciento treinta y ocho horas, esto es, veintitres horas al día por seis días consecutivos, recorriendo cerca de 87 millas inglesas al día, ó sean 140 kilómetros.

El segundo vencedor no llegó á las 20 millas inglesas. El último de los competidores no recorrió ni la mitad del camino andado por el primero.

La Illustrated London News teme que semejantes pruebas tengan de un año á otro un término fatal, y hace votos por que, ántes que tenga lugar un suceso desgraciado, se prohiban.

MANADAS DE LOBOS EN EL DELFINADO.—Segun leemos en el *Journal de Bourgois*, los habitantes de Taferges-Mepin están asustados por la desaparicion de sus perros y el aumento casi diario de las manadas de lobos que recorren los alrededores del pueblo.

Los padres de familia, ántes de dicho diario, se han visto obligados á enviar sus hijos á las escuelas por caminos de travesía, por miedo á estas fieras peligrosas, que han establecido sus guaridas en los bosques más cercanos.

La última semana, un carpintero de Cruvière, no encontrando á su perro en el patio, y notando en la nieve señales del paso de los lobos, las siguió cuidadosamente, y á unos 300 metros de su habitacion halló los restos de su perro, que había sido devorado.

PREMIOS DE LAS CARRERAS EN INGLATERRA.—La suma total de dinero ganado en las carreras de Inglaterra, Escocia é Irlanda en 1878, ha ascendido á 9.776.475 francos.

UN BUEN PREMIO.—En el Colegio Real de Lóndres se ha abierto un concurso para un premio, consistente en cien libras esterlinas, ofrecido por V. F. Benet Stanford, individuo del Parlamento, para una memoria sobre la hidrofobia, su naturaleza y medios de prevenirla y curarla.

CÉLEBRE EQUILIBRISTA.—Blondin y Speltrini, los afamados funámbulos, serán sobrepujados dentro de pocos días por otra celebridad de su género, el brasileño Manuel Pery. Este último ha apostado atravesar, sin ningún contrapeso, sobre un hilo metálico, el río Parahyba, del Brasil, que tiene una anchura de 385 metros.

ANUNCIO.

PEDRO ECHEVERRÍA Y HERMANOS. Fabricantes de armas de fuego y taller de níquelaje.—Almacén, calle de la Estación, número 1 bis, Vitoria.—Medallas de las Exposiciones de Vitoria y Zaragoza. Especialidad en escopetas de caza de diferentes sistemas; accesorios, cartuchería, etc.—Se níkelan armas de fuego y blancas, objetos de metal, hierro y acero. Todo garantizado



EL MES DE FEBRERO.

estatura, de formas esbeltas, y que, sin embargo, está dotada de una fuerza hercúlea y de un valor á toda prueba, pues doma los caballos más resabiados y los animales más fieros.

Uno de los últimos días del mes pasado, cuando el programa del espectáculo del Círculo estaba para terminar, esta señorita, que cualquiera creería una sílfide, entró en una jaula en la que se hallaban encerrados un leon, una leona y un leopardo.

Armada sólo de un látigo, principió sus acostumbrados ejercicios; y mientras hacía acostarse á sus piés, como de costumbre y cual dos corderos, al rey y á la reina del desierto, inadvertidamente puso su planta sobre una garra del leopardo.

Rápida como el rayo, la fiera clava las uñas de la garra pisoteada en una pierna de Mme. Rhinehardt, que al momento comprende el peligro inminente que corría. La situación verdaderamente en aquel momento era de vida ó muerte. Sin perder la presencia de ánimo, agarra con la mano izquierda las narices del leopardo, y con la derecha le introduce el puño de plomo de la fusta en la garganta; la fiera, asustada por aquel rasgo de audacia, retrocedió hasta llegar á un ángulo de la jaula, y la valerosa domadora salió al fin, aunque cubierta de sangre, victoriosa.

UNA BUENA NOTICIA PARA LOS CORREDORES.—El mes pasado terminó en Lóndres la lucha anual entre los corredores.

Esta se efectúa, por regla general, en el Agricultura Hall, que ofrece un vastísimo recinto para este efecto.

Cinco competidores, ántes que termináran los seis días

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.

Este precioso ALBUM es un hermoso volúmen en folio, del mismo tamaño que LA ILUSTRACION VENATORIA, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitacion.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de LA ILUSTRACION VENATORIA, podrá suplir á la coleccion del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella coleccion de láminas, tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas, á esta Administracion (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid, que lo deseen, se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay tambien ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administracion en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

MADRID, 1879.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra), Duque de Osuna, 3.